

do a Alfonso, el hijo del mío, y desapareció esta esperanza; ahora tengo una satisfacción con lo que de él poseo, es decir por el cariño que me tiene, no por eso que llaman la fama, el renombre, la gloria; él me ama, y eso es lo que deseo, y eso es para mí su gloria mejor, ¡ojalá pudiese amar lo que amo yo, las creencias que me dan la paz acá en la tierra, y la verdadera inmortalidad en perspectiva! Estoy muy contenta de tener a su esposa y a él en mi compañía todo este invierno, y me aflijo ya con la idea de la inevitable separación, pero su designio le lleva a vivir lejos de Francia; respetemos los altos designios de Dios.

Los últimos momentos de Bonaparte en Santa Elena, me han hecho reflexionar mucho sobre el camino que Dios ha trazado, y que conduce de las glorias mundanales al panteón de la nada. Algo más cerca ha herido mi corazón la muerte del célebre poeta inglés lord Byron. Llorosa y conmovida he notificado a mi hijo la muerte de este joven poeta, lo mismo que si se tratara de una desgracia ocurrida en la familia. ¿No es por ventura la humanidad una misma familia? ¡Tal vez otro día, una madre temblando como yo, llorosa, anunciará a su hijo la muerte del mío!

Alfonso ha escrito un poema titulado «Childe Harold» en el cual se refiere la heroica muerte de lord Byron defendiendo la independencia de los helenos; hay en él estrofas que me llenan de dolor porque temo mucho que sienta un entusiasmo peligroso por las ideas de la moderna filosofía y de la revolución, contrarias al trono y al altar, estos guías que yo he encontrado siempre en mi camino y fuera de los cuales sólo veo confusión y peligro, y sobre todo, el abismo sin fondo de la incredulidad.

Yo he conocido estos famosos filósofos nuevos durante mi juventud; haced, ¡Dios mío! que mi hijo se les parezca en nada; no dejo yo de hacerle ciertas consideraciones sobre el peigro de las ideas nuevas, pero el «espíritu surge donde él quiere», como dice la Sagrada Escritura. En cuanto una madre ha puesto al mundo un hijo, y le ha inculcado su propia fe, ¿qué le resta hacer ya? ¡Como no sea poner todos los días su débil mano entre la llama de esta fe y el viento del siglo que pretende apagarla! ¡Ah! yo me he sentido algunas veces orgullosa de ser madre de hijo semejante, pero su independencia de espíritu me ha hecho sufrir mucho. Yo opino que toda la ciencia se encierra o debe encerrarse en esto: «Obedecer y creer», tal vez se me dirá que esto es poco poético, però tengo para mí que existe tanta poesía en la sumisión del espíritu como en la revolución.

¿Son, por ventura, los ángeles fieles menos poéticos que los ángeles que se rebelaron contra Dios? Yo preferiría que mi hijo no tuviese ninguno de esos vanos talentos mundanos, a que se rebelara contra los dogmas que han sido fuerza, luz y consuelo de mi existencia, y por los cuales he sufrido resignada todas las adversidades de este mundo.

CXXIV

20 de Febrero de 1825.

Hago la misma solitaria vida bajo el mismo techo, envuelta en mi propia tristeza y leyendo en compañía de Alfonso, su esposa y mi Sofía, cuya educación no me da cuidado porque parece ya haber salido instruída y piadosa de la cuna. Leemos por las noches en compañía de mi esposo y mis

hijos, junto al hogar, cuantos libros pueden alimentar sanamente el alma y el espíritu. Mi marido parece aficionarse mucho a esta vida retirada, cuyas principales emociones están en los libros. Ha llegado a la edad en que los hombres se retiran del sitio grande o pequeño que hayan ocupado, y se convierten en simples espectadores que observan con indiferencia la comedia que en el mundo se representa; entonces son los libros su distracción, su recreo, constituyen, en fin, parte de su existencia. En los libros de historia se aprecia la vida real; en la novela el mundo imaginario. Vienen los libros a ser, irremisiblemente, la vida de aquellos seres, que, prontos a dejar de vivir, desean vivir en otras edades.

CXXV

Domingo, 26 de Junio de 1825.

¡Qué largo tiempo transcurrido sin escribir una sola línea en este libro! Es que a causa de mis sufrimientos llegué a dudar de mi vuelta al camino de la virtud; luego entreveo con horror la muerte, porque aun no me creo bien preparada... ¿Llegaré a estarlo? No pido la prolongación de mi vida más que el tiempo necesario a prepararme y purificarme: y nada más. Dios me ha hecho esta gracia. Pero al llegar a la convalecencia me mandó un nuevo dolor, y luego me lo ha quitado de nuevo y sin preparación.

En un pequeño poema que ha escrito Alfonso sobre la consagración del rey, no decía una palabra del duque de Orleans, de quien no es partidario, porque tiene sobre este príncipe las prevenciones de su padre y de toda la familia de los Lamartine; encuentra algunos puntos oscuros e inconvenientes en la conducta de un príncipe de la familia

real, cuyo padre cometió la fatalidad de condenar a muerte a su pariente y a su rey; al desgraciado Luis XVI, y que después de esto ha sido colmado de honores y perdonado por los Borbones, dando en lugar de un testimonio de agradecimiento, pruebas de deslealtad para halagar a sus partidarios. Alfonso habla con cierta amargura contra lo que llama su deslealtad, y esto me mortifica, porque yo creo bueno a este príncipe e inocente del crimen de su desventurado padre. Hubiera yo preferido, sin embargo, que el tal hubiese hecho una oposición menos abierta que los demás, sin que para ello se hubiese rodeado de todos los ambiciosos y descontentos revolucionarios o bonapartistas, que han formado eso que llama él un partido; pero es preciso atacar o conjurar las intenciones antes que acusar temerariamente a nadie.

Cuando me leyó Alfonso los versos de su poema, donde ensalza todos los guerreros y todos los príncipes de la familia real, y observé que ni una sola palabra decía del duque de Orleans; tuve un disgusto tan grave que me hizo derramar lágrimas; entonces le supliqué que no dejara desairado con semejante silencio un príncipe en cuya casa pasé yo mi niñez, y cuya madre y hermana nos habían colmado de bondades. Resistióse obstinadamente, y me dijo que todo lo más que podía hacer por el duque de Orleans, era no pronunciar su nombre mientras que se honraba nombrando a los reyes Luis XVIII y Carlos X, a quienes había tenido el honor de servir en el ejército y en la diplomacia, y que él había heredado de su padre el cariño a estos príncipes desgraciados, y para sus enemigos, la repugnancia y el desprecio. A pesar de esto, conseguí a fuerza de lágrimas, que recogió con respeto, el que pronunciara de una manera conveniente el nombre del duque de Or-

leáns, en aquel homenaje a los Borbones. Hízolo, pero resultó desgraciado, al querer expresar un sentimiento que su corazón no sentía. Los párrafos que aludían al 21 de Enero y a la muerte de Luis XVI, parecieron un insulto al duque de Orleáns, y no sé cómo, pero es el caso que este príncipe tuvo conocimiento del caso por el libro sin duda, antes de que fuesen publicados, e hizo escribir una carta a mi hijo por nuestro pariente M. Henrion de Pansey, presidente de su consejo; M. de Pansey, en nombre del príncipe, pedía a mi hijo, en términos corteses, la supresión de los versos en que era aludido.

Alfonso contestó en seguida, con mucha cortesía por cierto, que él no había tenido la menor intención de mortificar la personalidad de un príncipe, de cuya casa tantos beneficios había alcanzado su madre, y que en aquel momento escribía al impresor para que se suprimiesen los versos que pudiesen molestar al señor duque de Orleáns. El escribió efectivamente al editor, para que fuesen retirados los párrafos en cuestión.

Todo parecía haber terminado aquí; pero el duque de Orleáns, ignorando que Alfonso hubiese condescendido a sus deseos, y más impaciente de lo que convenía por semejante supresión, mandó escribir una segunda carta, en la cual se hacían amenazas contra el crédito de que mi hijo gozaba en la corte, advirtiéndole, que en el caso de no acceder a sus deseos, tenía un príncipe real sobrados medios para hacer sentir a quien intentara solamente ofenderle, el peso terrible de sus resentimientos y de su indignación. Cuando Alfonso recibió esta segunda carta, su natural dignidad ofendida de tal suerte, que no quiso en manera alguna acceder a los deseos de Orleáns y escribió inmediatamente a su editor que no retirara una

sola palabra del original. Sin embargo, por no hacer una ofensa sin previa explicación del duque de Orleáns, le escribió el mismo día en que habían ya los periódicos publicado esta carta de intimidación que no podía ser concebida más que por una indiscreción palaciega, diciéndole que la supresión del párrafo por los periódicos adictos a su corte, no podía atribuirse más que a una ligereza de su carácter, y se veía él obligado a dejarlo en suspenso, decíale también el príncipe que, apreciando debidamente esta necesidad de honor, confiaba no atribuiría a la intención de ofenderle. El príncipe fué justo, y contestó inmediatamente haciéndose cargo de esta exigencia de honor, desde el momento en que la publicidad dada en los periódicos liberales, había colocado a mi hijo en una situación tan especial. El párrafo apareció según Alfonso lo escribiera al principio.

Pero eso fué para mi corazón una flecha que le atravesó de parte a parte, tanto más cuanto no me atreví a decírselo jamás a mi esposo ni a mi hijo; porque yo había sido colmada, durante mi infancia, de todas las bondades de aquella augusta casa, cuyo nombre habíame mi madre enseñado a venerar desde mi niñez. En las circunstancias dolorosas para mi madre y para otros varios miembros de la familia, Mlle. de Orleáns nos había favorecido con cariñosa solicitud y con una generosidad sin límites: yo no podía ni puedo olvidar los bienes recibidos de esta augusta familia, y mi marido y mi hijo ignoraban estos transportes íntimos que yo no podía tampoco confiarles. ¡Júzguese de mi asombro y de mi aflicción, al considerar que esta excelente princesa pudiese atribuir mejor que a un error, a ingratitud u olvido, una ofensa al nombre de su casa salida de la mano de mi hijo! Pasé muchas noches derramando lágrí-

mas. Escribí a Mlle. de Orleáns para desengañarla y manifestarle todo mi pesar; ella me contestó mejor como amiga que como princesa, comprendiendo perfectamente la situación en que me encontraba. A Dios gracias, todo ha terminado; temo solamente que lo ocurrido ocasione entre la princesa y mi hijo una frialdad y una irritación secreta que vaya alejando poco a poco su amistad de aquella casa, en la cual hubiera tenido unos protectores desinteresados. Las prevenciones de los nobles realistas contra el nombre de los Orleáns, son injustas, extremadas y, como si dijéramos, han sido infiltradas en la sangre de padres a hijos. Tuve todavía un gran pesar, que de tan vivo y doloroso, no puedo confiárselo a nadie; la susceptible altivez de mi esposo no le dejaba comprender que existiera correspondencia entre Mlle. de Orleáns y yo, ni las gracias que mi familia recibió de ella en muchas y determinadas ocasiones.

*

Dice Altonso que cree habrá de partir para Alemania, y por lo tanto, que estará ausente de nosotros por mucho tiempo. Cuando pienso en su separación no hago otra cosa que llorar. ¡Ah, Dios mío! ¡Cuán solitaria va quedando esta casa, antes tan alegre y tan llena de vida! Cuantas veces reflexiono en nuestra soledad, recuerdo los muchos nidos que tantas veces he visto durante el otoño bajo los álamos del patio de Saint-Point; en lugar de los pequeñuelos hay nieve, y el viento se va llevando sus pajas, ¡una a una! Así es nuestra casa en la actualidad.

CXXVI

18 Septiembre de 1825.

Hoy han salido mis hijos para Italia, donde fijarán su residencia. ¡Ay! ¡cuán sola he quedado en este retiro de Saint-Point! No puedo adivinar cuanto tiempo durará esta situación.

*

Ya estamos en la ciudad; no pudiendo dedicarse a la caza, mi marido no está bien en el campo. Estoy muy disgustada, pero en medio de mi tristeza me encuentro aquí mejor; Nicole me acompaña por la mañana; sus «Ensayos de moral» me llegan directamente al alma, y por las noches leo a Mme. de Sévigné, mi confidenta favorita; después... pienso mucho en los ausentes. ¡Ay! ¡y en los muertos que no volverán!

Ayer recibí una visita del excelente, amable y resignado M. de X..., aquel que tanto hubiera deseado casarse con Cesarina. No hemos hablado de nada, puede decirse, pero su sola presencia y su ternura, expresaban muchísimo; he llorado mucho; todas aquellas personas, todos aquellos objetos que amaron o fueron amados por mis hijos, despiertan en mi corazón recuerdos de tristeza, ¡Triste de mí!... esta época tan lúgubre de mi vida la lloraré siempre, ¿no habrá para mí consuelo? creo que sí: y hasta tengo la certeza absoluta de volver a ver a los seres queridos que murieron para este mundo. ¡Qué dicha la de poseer una fe como la mía! Aun cuando la religión no nos diera más que esta fe en el renacimiento del pasado, deberíamos bendecir a ella y a su fundador. ¡Y quién no tiene en este mundo seres queridos que espera ver en el otro!

CXXVII

24 Octubre de 1825.

Me encuentro sola en la casa, arreglándolo todo y disponiendo su cierre. Ayer salieron todos para la ciudad acompañando a mi esposo. He ido a Saint-Point montada en una mula, y acompañada del jardinero, al objeto de arreglar y ordenar los libros, los naranjos y las macetas de flores que mi nuera Mariana me recomendó muy especialmente al partir para Italia. He estado detenida por las lluvias en este viejo, querido y desierto castillo, y admirablemente servido por María Litaud, una santa mujer que está encargada de gobernar la casa durante la ausencia de sus dueños. Creo que hice su felicidad cediéndola a mi hijo. Aquí me encuentro, junto a la iglesia que tanto adoro por los muchos recuerdos de las oraciones que he dirigido a Dios bajo su bóveda, en compañía de mis pequeñitas (que están en el cielo), cuando veníamos a rogar en ella todas las noches; estoy también rodeada de libros, demasiado tal vez. Gozo en este silencio y en esta soledad junto a la gran chimenea del salón, y allí me recojo abstraída en los dulces pensamientos de la eternidad, antes de sumergirme de nuevo en el movimiento y las vanidades del mundo. He tenido muy buenas noticias de Florencia, en donde se ha establecido mi hijo con su esposa. Cuantas reformas hicieron aquí me parece muy bien, han convertido esto en una especie de casa de retiro para su vejez, donde vivirán recordando nuestra existencia en estos lugares. En un artículo escrito por Mme. de Genlis, he visto que esta escritora atacaba vivamente las poesías de mi hijo: es esto una guerra hereditaria de familia a familia; Mme. de Genlis y mi ma-

dre representaban dos tendencias opuestas en el Palacio de Orleans. Estas heridas a la fama de mi hijo me han sido bastante dolorosas; yo hubiera querido que él replicara; esto era natural en la vanidad materna, pero prefirió aceptar el ataque sin manifestarse resentido. ¿De qué serviría entonces la caridad si no se perdonaran siquiera semejantes ofensas! ¿Para quién deseará ella la superioridad en todo? ¿para sí o para sus hijos? Si uno la tiene, el deber está en no darle importancia, y si no se tiene, está el deber en no enviársela a los demás; los dones de Dios son gracias, pero no méritos. Habré de acostumbrarme a los denigrantes ataques que ciertos periódicos, especialmente los orleanistas y bonapartistas, dirigen a Alfonso. Creo que tengo demasiado amor propio colocado sobre su cabeza, que puede no ser sino un disfraz del mío; pero soy su madre, y justo será que me lo perdone.

CXXVIII

1.º Febrero de 1826.

No puedo dedicar mucho tiempo a escribir, porque los cuidados de los pobres, durante este frío invierno, me absorben la mayor parte del tiempo; además de esto, me han encargado de la presidencia de la junta de caridad establecida en esta población; no me es posible cumplir con exactitud mis obligaciones a pesar del auxilio que para ello me presta Mme. de Villeneuve, la esposa del Gobernador de la provincia, joven muy amable que la considero como si fuese una hija; yo no sé por qué las jóvenes sienten por mí tanta predilección; será sin duda porque yo acostumbraba a amar a mis hijas, siento una ternura grande dentro de mi corazón y una inclinación irresistible hacia las jó-

venes con quienes tengo tratos. Mme. de Villeneuve me ha pintado unas elegantes pantallas de chimenea, dibujando en cada una la vista de diferentes casas o castillos habitados por Mme. de Sévigné; esta buena señora es para mí la abuela del corazón y del espíritu; Mme. de Villeneuve ha creído que estos recuerdos serían a mis ojos una especie de ilustración de las obras que practico continuamente en cumplimiento del deber que la caridad me impone. ¡Qué buena y dulce es la caridad! Ella parece que nos aproxima insensible y dulcemente al trono donde el Altísimo tiene su asiento.

CXXIX

27 Abril de 1826.

Mi cuñado, el abate Lamartine, ha muerto; hacía bastante tiempo que su vida era una prolongada espera de este momento. Espero que Dios habrá sido misericordioso para el hombre que tanto lo había sido para su prójimo. Fué lanzado contra su voluntad en la carrera eclesiástica, hacia la cual no sentía la menor disposición, y se concretó a vivir solitario en su magnífica finca de Montculot, la cual ha quedado propiedad de Alfonso, con la obligación de entregar cierta cantidad a una hermana del difunto, y pasar una pensión a mi esposo. Le he escrito para que mande poderes para tomar posesión en su nombre, de aquella magnífica casa y de las tierras que la circundan.

CXXX

24 Mayo de 1826.

Tengo una pena grande por el triste contratiempo que ha ocasionado a Alfonso un fragmento de

su poema «Childe Harold», relativo a Italia. Ha sido mi hijo gravemente herido en desafío con el coronel Hugo; ¡tiemblo tanto por su alma como por su vida! yo no sé quién tendrá razón de entre los dos, pero a los ojos de Dios ambos son culpables; procuraré que Alfonso se arrepienta de la falta cometida; la vida sólo Dios puede quitarla y es un pecado gravísimo el que los hombres cometen cuando atentan a ella. Se me objetará que el honor es preferible a la vida, pero no somos los humanos quienes podemos juzgar estos asuntos.

*

He tenido nuevas noticias de Alfonso que me anuncian su restablecimiento: dicen que está escribiendo unas poesías muy religiosas y que las titula «Armonías», de las cuales me han remitido algunos trozos manuscritos que he leído con sumo agrado. ¡Ah! este es el uso que yo quisiera que se hiciese siempre del talento: divino como su creador, cuando se eleva hacia El.

CXXXI

Milly, Julio de 1826.

Hace tres días que estoy en Milly, donde me encuentro perfectamente: yo desearía continuar aquí, pero con mi esposo y Sofía. ¡Es muy triste para los unos y para los otros el tener que vivir separados!... ahora parece que siento más que antes la separación; ello debe ser la vejez que avanza rápidamente: ya he perdido, puede decirse, por completo, aquella actividad física y moral que me hacía gozar de la vida aun en la misma soledad;

El manuscrito de mi madre.—13

siento, por el contrario, el peso de los sesenta años que voy a cumplir; apenas puedo persuadirme de ello, pero no hay remedio, y sin embargo no estoy triste ni mucho menos, pero sí quisiera que Dios me hiciese la gracia de que pudiese emplear bien el poco tiempo que me resta de estar en este mundo y de no pensar más que en prepararme debidamente para el otro, a donde con tanta ligereza me dirijo. Porque estoy todavía completamente distraída, y demasiado ocupada en cosas terrenales; he visto (quién sabe si con demasiado interés) la belleza de nuestros viñedos; ha habido una sequía atroz que los ha perjudicado mucho; pero ahora, sobre todo aquí, han reverdecido un tanto y presentan un hermoso aspecto con sus verdes pámpanos cargados de nacientes racimos. ¡Nuestro porvenir está suspendido de los sarmientos de estas cepas!... Es el hombre exactamente igual que el insecto que roe una hoja, y que muere si la hoja perece. ¡Dios mío... proteged nuestras plantas, y sobre todo las de nuestros pobres campesinos!

Alfonso es el encargado de los negocios del rey en Toscana, Lucca y Parma, y como quiera que todos los embajadores están fuera de Italia (excepto el de Roma), le han aumentado la asignación en veinte mil francos. Todos están contentos de él, y él parece estarlo también de la posición que ocupa; únicamente que representa a su país con un poco más de lujo del que yo quisiera; pero creo que, a pesar de ello, la Providencia no le abandonará nunca.

Yo recuerdo mucho de él, pero me paga mi cariño sobradamente, acordándose también de mí; con la mayor ternura y solicitud recuerda y le preocupan mis pequeñas obligaciones, y aquellas penas e intranquilidades que me ocasionaron sus travesías

ras juveniles. Sería yo una de las mujeres más tichosas, si no hubiese perdido aquellas dos joyas de mi maternal corona: ¡ah! ¡qué gran vacío encuentro sin su compañía cuando al caer de la tarde paseo por mi jardín! ¡mis ojos, y mis sentidos todos, las buscan inútilmente por todas partes! Es preciso irme desprendiendo poco a poco, de buen o de mal grado, de este bajo suelo; ya siento en mí la noche; ¿cuántas horas me faltan contar aún en este negro abismo? Dios lo sabe; yo no he de contarlas, porque estoy entregada a El absolutamente; lo que sí le pido es que me retenga aquí el tiempo necesario para ganar su estimación.

He dado principio a un trabajo que acaso durará lo que mi vida. Consiste en una alfombra tapizada para el gabinete que Alfonso tiene en Saint-Point. Cuando yo habré muerto, él pensará sin duda, al poner sobre ella los pies, que en cada una de sus mallas iba yo encadenando, en mi tiempo, un pensamiento para él. ¡Ay! este frágil tejido durará, por lo menos, cien años; y tanto mis hijos, como yo, habremos ya dejado de existir... Estoy triste, muy triste.

CXXXII

Domingo, 3 Diciembre de 1826.

Según parece, existen algunas probabilidades de casar a mi Sofía; si esto se realiza, mi obra quedará terminada: entonces podré decir como el viejo Simeón: «Basta, Señor, relevad a vuestro siervo.» El pretendiente es un hidalgo de Mende, en las montañas de Cévennes, llamado M. de Ligonés. Dicen que es persona de carácter y que posee una fortuna que, sin ser muy grande, será

suficiente para que vivan con desahogo: aquel país no es un país de lujo, y mi Sofía es la razón y la piedad misma.

CXXXIII

5 Mayo de 1827.

El último domingo, a las once de la mañana, ha muerto mi cuñado, el jefe de la familia Lamartine, a los ochenta años de edad. Su hermana y yo hemos recibido su último suspiro: hasta este momento ha conservado clara su poderosa inteligencia. Su muerte ha sido muy sentida en toda la comarca; era un hombre de talento e ilustración superiores; poseía conocimientos casi universales; su conversación era prodigiosamente interesante y vasta; durante toda su vida fué, puede decirse, el rey de la familia y de esta provincia. Había sido oficial de caballería del rey Luis XV, durante los primeros años de su juventud; su delicada salud le llevó nuevamente a Macon, donde se puso al frente de la administración del tan importante como enredado patrimonio de mi padre político, el cual radicaba entre Borgoña y el Franco Condado. Se le tenía como una especie de oráculo: la comarca entera consultábale todos los asuntos, hasta los más íntimos.

Había estado en relación con todos los hombres eminentes de la Asamblea Constituyente, de la ciencia y de la literatura: M. de Buffon, Mirabeau, los economistas y los filósofos. El ocupaba aquí una buena posición y vivía aquí acompañada de sus hermanas, solteras también: ha legado su finca de Saint-Pierre indivisa a Alfonso y a Cecilia, su sobrina Mme. de Cessia; y sus bellas tierras de Monceau a su hermana Mlle. de Lamartine, quien, a su muerte, las deja a Alfonso. Na-

die resolvía nunca nada en la familia sin él o después de haber dado él su opinión.

Este imperio absoluto sobre la familia había frecuentemente contrariado mis intenciones, ocasionándome bastantes disgustos; recuerdo los que sufrí cuando el casamiento de mis hijas y al determinar la carrera que habíamos de dar a Alfonso. ¿Quién sabe si al contrariar mi voluntad tenía razón? Yo opino que sí: en fin, gracias a Dios, todo ha terminado felizmente para todos: acaso de aquella oposición que entonces se hacía a mis proyectos, ha resultado el buen acierto que hemos tenido en su realización.

La hermana de mi cuñado ha quedado muy rica, aunque realmente de nada le sirven las riquezas, porque no disfruta de ellas y las reparte entre los pobres: es la santa más delicada de la tierra que he conocido jamás; no tiene nada en su santidad que moleste ni perjudique a nadie; su piedad, cuando sale de la iglesia o de su oratorio, donde pasa la vida, se convierte toda en dulzura y bondad; tiene la sonrisa de los ángeles en la boca y una transparencia celestial en la mirada; es demasiado escrupulosa para sí misma; no lo fía todo a la generosidad divina y derrama la limosna a manos llenas; las gentes la bendicen y la aclaman como santa.

Los preliminares para la boda de Sofía se han realizado; M. de Morangies, nuestro vecino y pariente a la vez por parte de su esposa, es quien nos ha presentado la demanda y el joven pretendiente.

No me ha desagradado su aspecto modesto y reflexivo, y su porte exquisito, delicado y admirable de todo punto. Creo que es uno de esos hombres rarísimos, que manifiestan a primera vista la seguridad de la dicha que han de proporcionar a

su esposa, pero ¡ay! se llevará a mi Sofía muy lejos de nosotros y no vendrán a pasar en nuestra compañía más que seis meses del año. ¿Qué va a ser de mí, sin esta criatura que me quedaba como sombra de todas las demás? Ella cándida como a los ocho años, y espiritual como a los sesenta; era mi consejera y mi confidenta para todo; creo que la costumbre de tener con ella el corazón abierto, ha apresurado su gran madurez de juicio; en cuanto a su piedad, es todo un ángel y sólo temo el exceso, si es que puede llegar a serlo más; parece una madre de familia; no me cabe duda de si tiene hijos los hará hombres de provecho.

CXXXIV

13 Enero de 1828.

¿Hasta cuando continuaré escribiendo en este libro? Sólo Dios lo sabe. Comprendo que, a pesar de mis libros, tengo sobre la tierra deseos y pasiones, y esto me aflige; mi corazón, sin embargo, es de Dios, a quien diariamente suplico se apiade de mí.

El estado actual de Francia me horroriza: los periódicos avivan el voraz incendio, que existe no solamente en la opinión sino en los corazones. Hemos tenido aquí grandes luchas con motivo de las elecciones entre M. de Rambuteau y M. Doria; Dios no puede gustar de estos hechos en que se calumnian los hombres mutuamente. M. de Villèle ha sido arrojado del ministerio; todo el mundo se encarniza contra la religión, que es mi único cuidado político. No me agrada por ningún estilo esta continua guerra de invectiva entre los periódicos de distintos partidos. ¿Cómo se comprende esta libertad sin límites que la prensa disfruta y que se dice es una necesidad del gobierno consti-

tucional? Yo temo que este gobierno, del cual esperábamos tanto, no produzca más que tempestades, hasta dentro de las mismas familias; es muy frecuente que el espíritu de los hombres, antes que el espíritu de Dios, sea el que sopla en estos desgraciados tiempos. Dentro de este sistema de gobierno no se observa más que vanidad, egoísmo, y deseos de realizar actos que tengan mucha resonancia, sean éstos del género que quiera.

M. de Maisonfort, ministro del rey en Florencia, ha muerto en Lyon de vuelta de Toscana. M. de Vitrolles ha sido nombrado en su lugar; se cree que no irá hasta pasado mucho tiempo a ocupar su puesto; esto va a detener indefinidamente a Alfonso en Italia. Sofía, mi consuelo, mi sociedad única, mi hija querida, marcha este invierno a Mende. ¡Triste de mí!... Mi pobre marido está cada día más delicado, puesto que su dolorosa enfermedad va progresando; yo me consagro completamente a él, procurando hacerle olvidar el tiempo, como quisiera olvidarlo yo también, hasta que vuelva mi hijo de Italia. Se habla de nombrar al ministro de Francia, no sé dónde; ¿qué me va a suceder si es su alejamiento un destierro sin fin? ¡Qué triste es el ocaso de la vida, después de una continuada existencia de temores! ¿Dónde me refugiare yo, si no es en la oración, que me calma siempre, como la conversación de un buen amigo justo, poderoso y sabio? ¡Ah! ¡qué felices son aquellos que creen en esta comunicación sensible de la criatura con el Creador del Universo!

CXXXV

15 Abril de 1828.

Desde esta mañana me encuentro en Milly, pero por breves momentos. Siempre que estoy aquí me

hallo dispuesta a escribir algunos párrafos en este *diario*, descuidado por tanto tiempo, y que ya tenía casi abandonado. Ya no tiene para mí el interés de otros tiempos, ni para continuarlo ni para leerlo de nuevo. Los acontecimientos consignados en él se van alejando, todo huye volando: a medida que vamos envejeciendo, vamos penetrándonos de la vanidad de todo y tenemos por lo tanto menos interés en conservar los recuerdos. Ya no me interesan sino los que pertenecen puramente al corazón, y éstos no hay necesidad de consignarlos. No obstante, aun quedan algunas épocas que quiero ir marcando debidamente: servirán más bien para mis hijos que para mí. Las últimas de ellas, las que pueden conducir a la felicidad celeste, no pueden descuidarse. Voy convenciéndome cada día más de que he entrado en la vejez, a pesar de que no falta quien me diga que no se apercibe de ello, y que estoy conservada como a los treinta años; pero «crecen los hombres tras de mí», como dice Virgilio, a quien estoy leyendo esta noche en un libro traducido por Boisgermain.

CXXXVI

15 Septiembre de 1828.

Mi hijo Alfonso está conmigo; el miércoles 10 del mes corriente llegó aquí, acompañado de su esposa, su madre política y su encantadora pequeña, rebosando todos salud y alegría. ¡Gracias mil sean dadas a Dios! Alfonso está, sin embargo, muy flaco, y esto me mortifica, pero es preciso que me acostumbre a ello. He estado muy contenta, muy conmovida y muy ocupada, y a mi edad las grandes agitaciones, sean de alegría o de pena, resultan peligrosas para la salud ya quebrantada naturalmente; sin embargo, como es ne-

cesario conformarse y buscar consuelo, éste se encuentra con facilidad cuando el corazón está contento, lo cual ciertamente es algo difícil en este mundo; a pesar de esto, no me faltan motivos para estar disgustada.

No se puede imaginar una criatura más bonita, alegre e inteligente en todo (con relación a su edad), que mi nieta Julia; es un verdadero tesoro; está perfectamente educada. Su madre va siendo cada día más perfecta, sin la menor afectación, va llenando todos sus deberes religiosos; ha cultivado también mucho su talento y pinta perfectamente; nos ha traído algunas pinturas bellísimas, entre otras, varias que representan fielmente la fisonomía de Julia.

CXXXVII

Milly, 3 Octubre de 1828.

Desde el lunes 22 de Septiembre estoy aquí completamente sola; he venido para presenciar nuestra pobre vendimia. Alfonso, Mariana, su madre y Julia, partieron el miércoles 17 para Montculot, en donde les han hecho un recibimiento como a los antiguos señores de otros tiempos. Fueron a darles la bienvenida las mujeres, vestidas de blanco, y los hombres disparando al aire sus fusiles. Ellos han dado una brillante fiesta campestre en los grandes jardines del castillo, pues se confunden con los grandes bosques de las inmediaciones.

Desde Montculot ha salido Alfonso para París, en donde ha sido llamado por sus amigos para consultarle sobre lo que llaman golpe de Estado. Alfonso asegura que fracasarán y que los borbones, a quienes ama como yo, habrán de sucumbir ante el espíritu público en el caso que acepten la

batalla. Acaso tenga razón; muchas veces se ve mejor el estado del país desde fuera que de dentro.

Por mi parte estoy aterrada por esta fiebre que veo recrudescerse todas las mañanas en los periódicos de ambos partidos; se me figura que no puede haber nada sólido ni duradero en un gobierno cuando con sus desaciertos convierte en un caos la opinión pública.

CXXXVIII

7 Noviembre de 1828.

Alfonso ha regresado a París, donde fué muy bien recibido por todos, y particularmente por el rey Carlos X. Se le hubiera nombrado inmediatamente primer secretario de Estado en España, si hubiese querido aceptar; él prefiere esperar para ir a Londres, lo cual se le ha prometido para dentro de un año; allí será solamente ministro plenipotenciario. Me ha traído una magnífica araña para mi sala de Macon, y bastante dinero, pues ha comprendido que andaba yo algo escasa por mis muchos gastos y recelos de mortificar a mi pobre marido. Estoy muy contenta porque mis hijos quieren pasar el invierno en Macon en compañía nuestra; ahora se encuentran en Saint-Point. Alfonso me ha mandado algunos versos que va componiendo, los cuales me han gustado mucho; dice en ellos lo mismo que yo diría si tuviera su talento para expresarlo; es el eco de mi voz, porque yo no dejo de sentir la belleza, pero al pretender expresarla, enmudezco. Esto me sucede también en mis horas de recogimiento místico; en mis meditaciones siento como un fuego dentro del corazón, cuya llama no puede salir del pecho; verdaderamente que Dios no necesita de mis palabras para

comprender mis intenciones, pero yo desearía que el fuego que pugna por salir del pecho convertido en palabras, se deslizara poco a poco por mi boca en cantos de alabanzas, en acciones de gracias, en himnos y oraciones; y que después pudieran escribirse, para que por siempre fuera su gloria ensalzada como yo lo deseo en los misteriosos secretos de mi corazón. Doy gracias a Dios porque ha concedido a mi hijo lo que yo deseo para mí: su voz será la mía: sus sentimientos iguales que los míos son.

(Hay aquí unos párrafos, que son un himno de reconocimiento para su hijo.)

CXXXIX

13 Julio de 1829.

En esta fecha voy a narrar mi viaje a París, el cual, gracias a mi hijo, ha sido una continua dicha para mí. Tuve una satisfacción inmensa al ver de nuevo aquella ciudad de mi niñez, y al conocer los numerosos amigos con que cuenta Alfonso, todos ellos personajes distinguidos por su nacimiento o sus talentos. Mme. Récamier, a quien dicen que me parezco, me ha dispensado una acogida excelente; he asistido en su casa a una lectura que ha dado M. de Chateaubriand, quien ha leído una tragedia titulada «Moisés»; la figura de este grande hombre me ha impresionado más que sus versos; tiene el aire majestuoso de un rey en medio de su corte. Me gusta más el aire natural y sencillo de otros hombres de gran talento, que estaban allí, y que yo ya conocía desde mi niñez. No obstante, la gloria tiene para mí grandísimo prestigio; creo que si mi hijo alcanzara algún día la más pequeña parte, estaría altamente satisfecha. Pero yo pido a Dios para mi hijo muchas

cosas antes que esa gloria, que muy bien pudiera resultar vana, examinada detenidamente.

CXL

21^a Septiembre de 1829.

Mi pobre Alfonso es el que me ayuda a soportar los días de mi vejez, de un modo admirable; me colma de obsequios y atiende solícito a mis apuros, sean del género que quieran. Acaba de encargarse últimamente de pagar, por nosotros, la pensión de tres mil francos que debemos a mi cuñada Mme. de Villars. Consigno aquí todos esos rasgos de su cariño hacia mí, y renuevo entre las satisfacciones de mi corazón, las mil y mil bendiciones que yo debo a Dios por los buenos hijos que me ha concedido.

Alfonso no se encuentra aquí en este momento; está en su propiedad de Montculot junto a Dijón; acaba de rehusar el llamamiento que le ha hecho el nuevo ministro, M. de Polignac, en la creencia de asociar su nombre en un ministerio que no parece del agrado de la opinión. M. de Polignac ha insistido, y mi hijo le ha contestado que de ninguna manera quisiera él arriesgarse a ser cómplice de un golpe de Estado contra la *Carta*: que este golpe de Estado, en su opinión, derribaría los borbones; que él sabe perfectamente que M. de Polignac no abriga actualmente la intención de darlo, pero que la hostilidad recíproca entre el ministerio y el país, llevarían mal de su grado a M. de Polignac a un resultado fatal; termina rogando a M. de Polignac que se sirva olvidarlo para estos asuntos.

Alfonso me ha mandado esta carta, la cual encuentro, por desgracia, llena de razonamientos que convencen, pero que acaso interrumpirán las rela-

ciones que tiene entre sus amigos, y entorpezcan su carrera diplomática. Yo considero que esto fuera una desgracia para mi hijo, pero estoy contenta de que obre conforme a sus principios, aunque a trueque de perder su bienestar. La opinión es la conciencia de los hombres políticos. Acaso esta conducta le sea favorable para el porvenir, porque las circunstancias han de cambiar necesariamente.

Hay en este momento una plaza vacante en la Academia Francesa: muchos académicos, entre otros M. de Lainé y M. Royer Collard, han escrito a mi hijo para que se presente candidato, en la seguridad, dicen, de ser esta vez admitido. El ha rehusado con una altivez que no me atrevo a calificar: dice que donde se le ha esquivado la primera vez, no quiere, a ningún precio, solicitar la entrada nuevamente; como no es posible nombrar un candidato que no visite de nuevo a los académicos, no creo por lo tanto que se le nombre a él. Mi amor propio ambicioso, sale mortificado con esta su determinación, pero que Dios le humille lo celebro «con toda mi alma» (1).

Es forzoso, por lo tanto, que consigne una gran satisfacción que tuve luego: mi vanidad de madre se manifiesta demasiado, ya lo comprendo, pero... En una sesión pública celebrada por la academia de Macon, hará unas tres semanas, a la cual asistió una multitud inmensa, todo el consejo general, todas las notabilidades de la ciudad y sus inmediaciones, leyéronse muchos e interesantes trabajos: M. de Lacrosette, un capítulo de la «Historia de la Restauración»; M. Quinet, joven gallardo y

(1) *Avec toute la partie supérieure de mon âme.* De tal modo se lee en el original.—(N. del T.)